

■ PRAXIS

Manuel Cebrián  
Abellán

# FRANCISCO DE CUÉLLAR

*Capitán de la Gran Armada*

 Wolters Kluwer



■ PRAXIS

Manuel Cebrián  
Abellán

# FRANCISCO DE CUÉLLAR

*Capitán de la Gran Armada*

 Wolters Kluwer

© Manuel Cebrián Abellán, 2019

© Wolters Kluwer España, S.A.

**Wolters Kluwer**

C/ Collado Mediano, 9

28231 Las Rozas (Madrid)

**Tel:** 902 250 500 — Fax: 902 250 502

**e-mail:** clientes@wolterskluwer.com

<http://www.wolterskluwer.es>

**Primera edición:** septiembre 2019

**Depósito Legal:** M-26629-2019

**ISBN versión impresa:** 978-84-120181-4-1

**ISBN versión electrónica:** 978-84-120181-5-8

Diseño, Preimpresión e Impresión: Wolters Kluwer España, S.A.

*Printed in Spain*

© **Wolters Kluwer España, S.A.** Todos los derechos reservados. A los efectos del artículo 32 del Real Decreto Legislativo 1/1996, de 12 de abril, por el que se aprueba la Ley de Propiedad Intelectual, Wolters Kluwer España, S.A., se opone expresamente a cualquier utilización del contenido de esta publicación sin su expresa autorización, lo cual incluye especialmente cualquier reproducción, modificación, registro, copia, explotación, distribución, comunicación, transmisión, envío, reutilización, publicación, tratamiento o cualquier otra utilización total o parcial en cualquier modo, medio o formato de esta publicación. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la Ley. Diríjase a **Cedro** (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

El editor y las autoras no aceptarán responsabilidades por las posibles consecuencias ocasionadas a las personas naturales o jurídicas que actúen o dejen de actuar como resultado de alguna información contenida en esta publicación.

**Nota de la Editorial:** El texto de las resoluciones judiciales contenido en las publicaciones y productos de **Wolters Kluwer España, S.A.**, es suministrado por el Centro de Documentación Judicial del Consejo General del Poder Judicial (Cendoj), excepto aquellas que puntualmente nos han sido proporcionadas por parte de los gabinetes de comunicación de los órganos judiciales colegiados. El Cendoj es el único organismo legalmente facultado para la recopilación de dichas resoluciones. El tratamiento de los datos de carácter personal contenidos en dichas resoluciones es realizado directamente por el citado organismo, desde julio de 2003, con sus propios criterios en cumplimiento de la normativa vigente sobre el particular, siendo por tanto de su exclusiva responsabilidad cualquier error o incidencia en esta materia.

## ***Mar Océano, 30 de julio de 1588.***

— ¡Todos a sus puestos! ¡Preparaos para el combate! —no se cansaba de repetir don Cristóbal de Mena, el capitán de guerra.

— ¡Atentos a las señales de la capitana! —insistía una y otra vez.

Los soldados se apresuraron a vestir la armadura. Algunos, los más veteranos, a quienes su fino olfato les alerta de lo que está por llegar, lucen ya sobre sus cuerpos el morrión y el coselete, y en las manos portan el mosquete. De la cintura cuelga la espada y asida al cinturón, la daga, armas que nunca descuidan por la siempre presente posibilidad de abordaje. Intuyen que ha llegado el momento decisivo y toman posiciones junto a la borda. Toda la cubierta es ya una completa revolución, un ir y venir de gentes con una u otra encomienda.

Por las señales que saltan del *San Martín*, las naves de vanguardia traen noticias de las Escuadras de Howard y Drake. Se guarecen del temporal en el puerto de Plymouth, a no más de cinco leguas de distancia. Esto hace que se desate la inquietud y el nerviosismo entre los hombres, especialmente entre la gente de guerra, harta de consumir las energías y paciencia entre los húmedos maderos del *San Pedro*. Su único pensamiento ya no es otro que abalanzarse sobre las naves inglesas que descansan en el puerto y hundirlas sin posi-

bilidad de respuesta. También es este el deseo de Francisco de Cuéllar, asestar al enemigo el definitivo golpe en su propio refugio.

— ¡Preparaos para hundir sus barcos! ¡Preparaos para celebrar la victoria! —son las animosas palabras que salen constantemente de mis labios.

Sin quitar ojo a la capitana general, en espera de recibir la señal para poner rumbo hacia Plymouth, le indiqué al maestre:

— No pierda de vista el *San Martín*. En cualquier momento puede ordenarse el ataque.

— Mis ojos solo serán para él —afirmó con rotundidad don Ramón—. Pocos momentos encontraremos tan favorables como este. Si lo desaprovechamos daremos la oportunidad a Howard y Drake a tomar la iniciativa.

— Eso no ocurrirá —quise tranquilizarle—. Nuestros generales tienen sobrada experiencia en estos asuntos y no permitirán que la presa, escondida ahora en la madriguera, se deslice entre sus manos. Además, estoy seguro de que Recalde y Leyva, en los que tanto confía nuestra gente, desplegarán su mejor oficio, ante los miembros del Consejo, para llevarnos a la victoria.

Con los ojos puestos en la capitana, sin apenas parpadear, intentando adivinar, en el oscuro día que se cierne, el número de naves inglesas que descansan en el puerto, empecé a deambular por cubierta para ganar confianza. Resultó tranquilizador el recorrido. La gente de mar, afanada en sus tareas, no descuida sus obligaciones, ni siquiera los más pequeños detalles, sin que las nuevas noticias sean motivo de sobresalto. Los peligros que siempre acompañan a los marinos les hacen mostrarse así de seguros e indiferentes. Saben que la situación no es muy distinta de otras muchas ya vividas y que se sabrá responder adecuadamente. Únicamente Luciano manifiesta su impaciencia. Sus gestos son la más viva expresión de su estado. Parece como si en cualquier momento fuera a poner rumbo a Plymouth, sin esperar a que llegue la orden de la capitana, con el propósito de irrumpir en el puerto y cañonear a las naves inglesas. ¡Atrevido e indómito toledano! Es la gente de guerra la que más

apasionada se muestra. Unos empuñan ya el mosquete y otros acarician la espada. Anhelan, al igual que Luciano, mandar a pique, en el mismo puerto, a las naves de la reina, aunque lo que más desean es, por lo que conozco en los años pisando por estos inestables maderos, abordarlas y privar del aliento a todos los que se pasean sobre ellas. Afirman que solo así, cerciorándose de su muerte, no podrán causar nuevos males. De lo contrario, de ser generosos con ellos, siempre cabrá la posibilidad de que, llevados por su odio y rencor, endurezcan su reacción y siembren de muerte y dolor los hogares españoles. Francisco de Cuéllar participa de este sentir. Es el momento más favorable para desbordar al enemigo, para cavar su fosa en el Océano. Si logramos el objetivo ya no habrá impedimento para alcanzar Londres y saquear los castillos de la reina, sobre todo ese tan querido y apreciado por ella, el de Richmond.

También es tranquilizadora la situación que ahora presenta la *Gran Armada*. Las naves dispersas vuelven a surcar junto a sus Escuadras. Lo que parecía un imposible por las malas condiciones de navegación, reintegrarlas al conjunto, pudo por fin conseguirse. Fue la pericia de los marinos y no el cambio tiempo, que apenas dio tregua, el que hizo posible este logro. Ahora es algo más favorable, pero nadie confía en que la estabilidad se mantenga. Las aguas del norte, además de frías, son poderosas y cambiantes, y los temporales y vientos no dejan de moldear su piel y esculpir su paisaje. Es por eso por lo que siempre pido a Dios, en los momentos de recogimiento que procuro buscar, que nos conceda, al menos, una pequeña ventaja, navegar sin tener por enemigo a la naturaleza. Si ello así lo otorga, la victoria vendrá de su mano.

Hoy los vientos soplan a favor y la mar permite el avance, pero las nubes vuelven a estar presentes y amenazan de nuevo a la *Gran Armada*. El *San Pedro* parece querer expresarlo. Sus aparejos no dejan de quejarse, con ese sonido inconfundible al que nos tienen acostumbrados, por el empuje del viento. Esto hace que siempre tenga un ojo puesto en el cielo, en las alturas. A veces pienso que vivo más en ese inalcanzable reino, en el que solo Dios ordena y dispone, que en este otro envuelto en guerras y disputas. En ocasiones incluso que comparto su poder y decido sobre los designios de

este mundo, con capacidad para otorgar premios y honores o imponer condenas y castigos. Es un poder completo, absoluto. Me siento entonces el más importante de los hombres. Pero esto no es más que una mera fantasía. Los poderes de Francisco de Cuéllar no van más allá del gobierno de este galeón, y hasta para algo tan pequeño e insignificante surgen continuas dificultades. Esta diferente realidad devuelve mis ojos a la mar. Aquí, dejándoles reposar sobre sus frías aguas, vuelvo a saber de su permanente amenaza.

— ¡Preparaos para hundir sus barcos! ¡Preparaos para celebrar la victoria! —volví a insistir dejándome llevar por la euforia.

Con igual inquietud y desasosiego quise saber del estado de las mejores armas del galeón, sobre las defensas encerradas en su vientre. El apresuramiento me hizo descender, por la escalera de la escotilla, con tal rapidez que hasta quise advertir, en la penumbra existente, cómo los artilleros del segundo puente se sobresaltaban al verme aparecer. Tuve que esperar, al soltar el pie el último peldaño, para que la vista pudiera acomodarse; la oscuridad se adueña de todos los rincones. Ni los faroles, ni los botafuegos, ni tampoco el fogón resultan suficientes para dar vida a la zona artillada. Cuando por fin conseguí distinguir el conjunto, me faltó tiempo para deslizar los pies por entre las filas de cañones. Los artilleros y auxiliares, en absoluto silencio, formaban, a ambos lados, junto a las piezas, un estirado pasillo. Desconocían el motivo de la inesperada presencia, aunque en su pensamiento estaba también presente el inmediato ataque a las posiciones inglesas. Al alcanzar el fogón, situado más a proa, sobre el eje de crujía, me detuve frente a él. La viva llama que se alzaba en su interior y el agradable calor que de él emerge, algo que se echa de menos por los que siempre andamos por cubierta, me confirmó que todo estaba en orden, en disposición para arremeter contra los implacables y escurridizos oficiales de la reina. Esta impresión cobró fuerza cuando giré el cuerpo y observé la disciplina de los hombres, a la espera de recibir la orden de ataque. Por su expresión, expectante y atenta, querían confirmar, por boca del capitán, si estábamos o no ante el momento decisivo. No quise defraudarles. Mientras paseaba por entre la imperfecta y deshilachada fila formada, sin dejar de estampar la mirada con la suya con



**E**l reinado de Felipe II —años 1556 a 1598— estuvo marcado por una creciente piratería en el Atlántico y sostenidos ataques a las costas españolas, lo que obligó al monarca a tomar la decisión de formar una *Gran Armada* para castigar a la reina Isabel I, artífice del permanente hostigamiento. Puso al frente del proyecto, como capitán general de la misma a don Alonso Pérez de Guzmán, duque de Medina Sidonia, y bajo sus órdenes a la mejor marinería y más cuajada infantería de Europa. Pero el esfuerzo no tuvo la merecida recompensa. Todo se alió, desde la pertinaz resistencia inglesa hasta los temporales y condiciones de la mar, pasando por la falta de vituallas y enfermedades, para arruinar el proyecto, convirtiéndose Escocia e Irlanda en la tumba y calvario de miles de marinos y soldados españoles.

Francisco de Cuéllar, nuestro personaje, capitán de uno de los galeones reales, afrontó la empresa con una tremenda ilusión y desvelo, pero pronto sus expectativas se frustraron. En naufragio de la *Lavia* en la bahía de Streedagh —costa oeste de Irlanda—, le llevó a vivir la más terrible experiencia, el permanente acoso de los soldados de la reina, deseosos de sellar los labios a cualquier náufrago español, y el expolio y maltrato de la población nativa, que no dejó tampoco nunca de hostigarle. Su determinación, valor, juventud, destreza con las armas y, seguramente, la intervención de la mano divina, fueron sus mejores argumentos para superar la situación, siendo uno de los pocos náufragos que consiguió salvar la vida.

ISBN: 978-84-120181-4-1



9 788412 018141



3652K28759



ER-0280/2005



GA-2005/0100